

Investigación feminista

Las discusiones sobre la investigación feminista están teniendo actualmente un impacto significativo en los enfoques cualitativos de la investigación social (Hammersley, 1993), en la investigación educativa (Burgess, 1985), y en la investigación "sensible" (Renzetti y Lee, 1992), así como en la elaboración de críticas sustentadas de los métodos cuantitativos (Hollway, 1989; Mies, 1993). Los debates sobre qué hace "feministas" a los métodos feministas, y hasta qué punto estos pueden ser considerados como "métodos", son fundamentales para las intervenciones hechas por investigadoras feministas en el proceso y el producto de la investigación. Siguiendo el pensamiento feminista actual (por ejemplo, Harding, 1987; Abbott y Wallace, 1990; Stanley, 1990), el punto de partida de este capítulo es que no existe un método o metodología intrínsecamente feminista. Más bien, cuán feminista sea un trabajo de investigación es un punto que debe evaluarse en relación con sus propósitos o metas, lo que pretende lograr (y lo que logra). La contribución de este capítulo a esta recopilación no es, por tanto, añadir un instrumento nuevo a la existente caja de herramientas de los métodos cualitativos, sino destacar cómo el trabajo feminista desarrolla las discusiones referentes al poder, la subjetividad y el compromiso político en la investigación. Puesto que los debates se están desarrollando y animando las discusiones generales continuamente, la especificidad de las intervenciones hechas por las investigadoras feministas queda encubierta por su impacto. En este sentido, si la investigación feminista puede aparentar ser simplemente buena investigación, esto es entonces testimonio de su eficacia, y en este espíritu ofrecemos aquí esta relación.

Dada esta perspectiva, la pregunta de si los hombres pueden (o no) hacer investigación feminista surge tanto como una reflexión sobre la resistencia actual contra las metodologías específicas de género (que incluye

reconocer que el trabajo cualitativo también puede encerrar su propio machismo e imperialismo, como el del pionero que explora territorios ignotos; Morgan, 1981), y como un aspecto político referente al crédito y el reconocimiento del trabajo (académico) de las mujeres (Evans, 1990; Kremer, 1990). Como el papel de los hombres en la investigación feminista es un punto de debate más que de principios (véanse los comentarios preliminares de los editores al respecto en Harding, 1987, y Stanley, 1990), se puede leer este capítulo como dirigido a las numerosas mujeres investigadoras en la psicología y en la ciencia social (de las cuales, es posible que sólo una minoría se encuentre en la posición de definir cómo se lleva a cabo, se analiza y se utiliza su investigación; véase Sharpe y Jefferson, 1990), así como a hombres que se sitúan a sí mismos como dispuestos a aprender de, o a participar en, debates sobre la investigación feminista, sobre todo por su claridad para especular sobre las políticas de la investigación.

Antecedentes

En términos generales, han existido tres tipos de críticas feministas, en relación tanto con los temas como con los procesos de investigación. Estas van de la identificación de distorsiones o prejuicios en la investigación (por ejemplo, Eichler, 1988), lo que nos lleva a lo que Harding llama un enfoque “feminista empírico”, mejorando o complementando cuerpos de conocimiento ya existentes. Lo que aquí se afirma es que los modelos que ignoran o devalúan las perspectivas o experiencias de las mujeres (como hace la mayoría), son inadecuados en sus propios términos, y pueden corregirse —como reflejan los títulos de cursos, programas o documentos que añaden literalmente a las mujeres, como en “mujeres y trabajo”. En cuanto a las categorías de feminismos en psicología, es a esto a lo que Corinne Squire (1989) llama “feminismo igualitario”.

Una segunda estrategia del feminismo, asociada con tendencias más “separatistas” o esencialistas (que ven las diferencias de género como cualidades fijas, esenciales, lo que Squire, 1989, llama “feminismo cultural”), va más allá de la discusión sobre la exclusión de las experiencias de las mujeres de los paradigmas de conocimiento dominantes, para enfatizar *cómo* son distintas estas experiencias. Las consecuencias del enfoque en la diferencia se reflejan en exigencias de un trabajo que asuma las experiencias de las mujeres como fundamentales en sus propios términos, en lugar de como un recurso para enmendar modelos existentes. Pero el supuesto de una experiencia femenina unitaria ha sido cuestionado, particularmente

por las feministas negras y lesbianas, quienes argumentan que un modelo semejante excluye sus experiencias y, por tanto, reproduce estructuras de imperialismo cultural y heterosexismo en el interior de la teoría feminista (e.g., Amos y Parmar, 1984; Wilton, 1993).

Al enfrentar estos problemas, y reflejar los debates en la teoría social sobre la insuficiencia de todas las grandes teorías unitarias, ha surgido una tercera postura, en ocasiones llamada relativismo feminista (Abbot y Wallace, 1990), posmodernismo feminista (Harding, 1987), desconstruccionismo feminista (Opie, 1992), o post estructuralismo feminista (Weedon, 1987; Hollway, 1989). Estas tres distintas posturas reflejan, por tanto, una tensión entre el desarrollo de interpretaciones alternativas centradas en la mujer, y el desafío a los modelos dominantes que han intentado representar e investigar las experiencias de las mujeres. Esta tensión cobra sentido actualmente en las modificaciones de la comúnmente llamada "postura feminista" de Harding (1987; véase la discusión a este respecto en Stanley y Wise, 1990, y Henwood, 1994), que trata la afirmación de la diferencia como una intervención estratégica en lugar de reivindicar una postura unitaria o estable para las mujeres (o feministas). Las tres posturas pueden considerarse "transformativas" (Harding, 1987), encaminadas al proyecto feminista de crear un mundo libre de opresión.

Las críticas feministas a la investigación se ocupan tanto de las formas en que se produce la investigación como de las relaciones en que se produce (Graham, 1983). La crítica de la forma es un eco de la que hemos intentado en otras partes de este libro, en ella se acusa a la investigación cuantitativa de despedazar (sea por medio de experimentos sea por cuestionarios) la experiencia (de las mujeres) para convertirla en categorías preconcebidas (de orientación masculina) y presentar esto como una verdad objetiva. En términos de las relaciones de investigación, Ann Oakley (1981), en su relevante análisis de las relaciones en la entrevista y la encuesta en la ciencia social, demostró cómo la presencia del investigador o la investigadora se teoriza sólo como una extensión del instrumento de investigación, y cómo las características sociales de la entrevista son tratadas como variables manipulables para facilitar el proceso de investigación, específicamente la apertura del entrevistado. Cuando la relación de entrevista se convierte simplemente en la "identificación" que lubrica la investigación, esto deshumaniza y vuelve aséptico el encuentro de investigación. En lugar de esto, Oakley analiza las amistades que surgieron de sus entrevistas más igualitarias con mujeres. Mientras que las interpretaciones feministas posteriores nos han prevenido contra la idealización de la investigación con mujeres hecha por mujeres, y la supresión correspondiente

de las relaciones estructurales de poder entre mujeres –de, por ejemplo, clase, raza o edad, así como entre entrevistadora-entrevistada (e.g. Finch, 1984; Ribbens, 1989; Phoenix, 1990)– esto refleja el enfoque constante en la política de investigación. La base común de dichos comentarios feministas sobre los procesos de investigación es el rechazo de las oposiciones tradicionales que estructuran la investigación, entre la teoría y el método, y la teoría y la práctica. Estas oposiciones se consideran más bien, dentro de un marco feminista, necesaria e inevitablemente entretreídas, unidas a través de las conexiones entre los propósitos, la conducción y el resultado de la investigación.

La investigación feminista, entonces, es una “praxis” (Stanley, 1990), una teoría que liga experiencia y acción. Lo que hace “feminista” a la investigación feminista es un desafío al cientificismo que se niega a encarar las relaciones entre el conocimiento (y las prácticas que generan el conocimiento) y el poder, y la atención correspondiente en los aspectos reflexivos en forma de teorización y transformación del proceso de producción académica, incluyendo la postura y las responsabilidades de la investigadora o el investigador. En este sentido resulta útil la distinción que hace Sandra Harding (1987) entre método, metodología y epistemología. Argumenta que no puede existir un método feminista, puesto que un método simplemente especifica una técnica o un conjunto de prácticas de investigación que (aunque quizás se practiquen actualmente en formas antifeministas) no es en principio antitético al trabajo feminista. De ahí que (rechazando la ecuación de investigación feminista con la cualitativa como medida del éxito de las críticas feministas, y como un riesgo de reificarlas) un tema actual de la investigación feminista se ocupe también del valor del trabajo cuantitativo, y de las relaciones entre método y política (Pugh, 1990; Epstein Jaratne y Stewart, 1991; Kelly et al., 1992). Argumentos similares se aplican al uso de metodologías particulares (como perspectivas o marcos formados teóricamente), que no especifican en sí mismas un método en particular. Más bien, lo que identifica a la investigación feminista es un compromiso con una epistemología específica y feminista; es decir, un análisis teórico y político que critica los conceptos dominantes del conocimiento y plantea preguntas sobre la orientación de, y criterios para, el conocimiento de acuerdo con el género. Es esta afirmación de la relación entre ser y saber, entre ontología y epistemología, la que define a la investigación feminista (Harding, 1987; Stanley, 1990).

A pesar de las variaciones en sus interpretaciones, las intervenciones metodológicas feministas se centran en la experiencia, en términos de quién es el sujeto de la experiencia que está siendo representada y va-

lidad dentro de la investigación; en la acción reflexiva como crítica de la objetividad, que se considera en sí misma como una forma particular (culturalmente masculina) de subjetividad (Hollway, 1989), y en el uso consciente de una subjetividad crítica, o "enérgica" (Harding, 1987), como una claridad reflexiva sobre las condiciones de la producción de la investigación (Stanley, 1990). Estas preocupaciones ontológicas o de experiencia se ligan al proyecto para resaltar las relaciones opresivas de poder dentro de las prácticas sociales en general, y también según se expresan dentro de las prácticas de investigación. O, en términos de Janice Raymond (1986), la investigación feminista es "indagación apasionada", comprometida con el desafío y, cuando es conveniente (en el sentido de que puede ser inoportuno conferir más poder a entrevistados o entrevistadas de grupos que ya son de por sí dominantes u opresivos), con mitigar las relaciones de poder dentro y fuera de los contextos de investigación. Lo que distingue las nociones feministas de actitud reflexiva y responsabilidad de la investigadora de las nociones etnográficas o de análisis del discurso es que, mientras que estas últimas presentan la actitud reflexiva como fundamental para volver públicas las rutas y los recursos que están detrás de un análisis (e.g. Potter, 1988; Hammersley, 1992), las investigadoras feministas consideran que su trabajo es responsable no sólo en términos de claridad o confesión, sino también en relación con metas emancipatorias y transformadoras más amplias; a las discusiones actuales les preocupa lo que significa esto en la práctica (e.g. Wise, 1987; Wilkinson, 1988).

Ejemplo

Resulta imposible presentar un ejemplar de investigación feminista, dado su estatus de arena de continuo debate, más que el de una tecnología específica. Lo que aquí presentamos es el recuento de un trabajo de investigación feminista; es decir, una investigación conformada por una política feminista al nivel de teoría y de práctica. Consecuente con el compromiso con la acción reflexiva de la investigación feminista, mi versión de este recuento también debe ser objeto de cierto escrutinio. La investigación que resumimos aquí fue dirigida por Catherine Bewley como trabajo empírico para una maestría en Psicología Ocupacional, y le agradezco que me haya permitido utilizar su trabajo como punto central de este capítulo, así como las reflexiones y discusiones a que esto ha dado lugar. El estudio tenía como meta explorar el funcionamiento organizativo de tres organizaciones feministas dentro de un mismo municipio: un centro para la mujer, un

servicio para mujeres que sufren violencia en el hogar, el cual incluía una casa refugio, y un servicio de terapia para mujeres que habían sufrido una agresión sexual.

Escojo esta investigación en tanto ilustra algunos aspectos y problemas clave planteados por y hacia el interior de los procesos de investigación feminista. En términos de su temática, subraya una ausencia clave en la literatura de psicología. La investigación sobre organizaciones tiende a concentrarse en contextos de trabajo industrial, con una estructura jerárquica diferenciada que no logra involucrarse en las formas en que funcionan las pequeñas organizaciones voluntarias y las organizaciones feministas. Las teorías parten de una división entre lo público y lo privado y el trabajo y el hogar, tanto en la forma como en las relaciones de trabajo, que refleja la experiencia masculina y resalta la masculinidad cultural de la teoría organizacional. Las organizaciones feministas, como otras organizaciones voluntarias pequeñas, tienden a tener una escasa jerarquía formal, pocas divisiones de rol y menos separación entre las tareas laborales y las relaciones. Estas cualidades surgen con frecuencia de un compromiso con el trabajo colectivo. La incapacidad de la literatura para tratar con estas distintas formas organizativas puede considerarse como un síntoma de la hetero-realidad y masculinidad de las teorías actuales, que definen las experiencias de las mujeres sólo en relación con los hombres (Raymond, 1986).

El tema de estudio –el trabajo en organizaciones exclusivamente de mujeres– plantea cuatro aspectos. Primero, rebate los presupuestos dominantes que estructuran los modelos psicológicos, y demuestra que son incompletos (empírico feminista). En segundo lugar, al tener las experiencias de las mujeres como centrales, la investigación funciona con vistas al desarrollo de una versión alternativa que resalte y a la vez cuestione las diferencias que surgen según sus consecuencias para la posición de las mujeres, tanto en la psicología como en las organizaciones feministas. Esto es la investigación desde el punto de vista feminista. En tercer lugar, se extiende y se involucra con temas actuales en la política y la teoría feministas, al criticar la noción de una hermandad universalizada y global: en lugar de asumir alianzas entre las mujeres que trabajan y las mujeres con y para quienes trabajan, la atención se centra en cómo se forman y funcionan las relaciones, y qué las hace más o menos exitosas. Bewley rechaza los marcos feministas esencialistas y separatistas por considerarlos de escasa utilidad, y recurre al trabajo de Raymond (1986) sobre la amistad femenina para analizar las relaciones de trabajo entre mujeres en términos de historias de redes y alianzas, más que como si surgieran de alguna noción de hermandad mística o incondicional. Así, además de atender a las preocupa-

ciones feministas, Bewley exhibe el compromiso entre la teoría feminista y la psicológica como mutua más que unidireccional, afirmando no sólo que la teoría organizacional tiene algo que aprender del funcionamiento de las organizaciones de mujeres, sino también que estas últimas podrían salir beneficiadas de un análisis organizacional. En cuarto lugar, como explicaremos más adelante, el estudio cuestiona estructuras existentes de relaciones de investigación y formas de producción, en términos de la participación del investigador o la investigadora, la generación de teorías, las definiciones de qué hace que sea buena una investigación, y la vulnerabilidad y el riesgo personales.

El estudio

El estudio se basó en el análisis de entrevistas, observaciones y documentos de cada organización, y en notas que tomó Bewley después de sus visitas. Las etapas o ciclos del proceso de investigación avanzaron, de obtener mediante estos un panorama inicial, a explorar temas y redactar un informe, y en cada etapa se discutía el análisis generado con las participantes en las organizaciones –nutriendo así esta discusión las etapas subsiguientes de análisis y reflexión. Las entrevistas individuales se enfocaron en los temas del pasado, el presente y el futuro de la organización, sus valores, atmósfera y principios, sus fines y forma de funcionamiento, el entorno de trabajo, la composición de las trabajadoras, la experiencia de las participantes en ella, quiénes utilizaban la organización y sus instalaciones, aspectos de conflicto y cambio en la organización, y las opiniones de las participantes sobre las posiciones de las mujeres en la sociedad (Bewley, 1993: 55). Por tanto, el estudio se organizó alrededor de los principios feministas de consulta sobre las preguntas de investigación, la reciprocidad hacia el interior del proceso de generación de los informes y el análisis, y la responsabilidad sobre los problemas que surgen. El análisis se desarrolló con un proceso de retroalimentación y revisión, preguntando a las participantes si consideraban que la representación ofrecida era exacta en tono y contenido, y si compartían la percepción que tenía la investigadora respecto de cuáles eran los aspectos principales de la organización (Bewley, 1993: 57). Esto culminó en la presentación y discusión en cada organización de reportes escritos individuales confidenciales, incluyendo el apoyo para que reflexionaran sobre las implicaciones del análisis. Para Bewley, el compromiso feminista con la reciprocidad en la investigación –donde ella aportó y también se benefició del estudio–, implicó trabajar durante ocho meses con una de las organizaciones, tras haber finalizado el estudio, para resolver

las problemáticas suscitadas por él. Aquí se presta particular atención a los aspectos de género que surgen de un compromiso feminista común, pero este estudio refleja los principios generales de la investigación-acción (véase también el capítulo 7).

Análisis

El recuento que hace Bewley del análisis es el de un ciclo de reflexión y asimilación de muchos niveles, del que surgió un panorama de cada organización. Este proceso implicó:

- leer, escuchar y pensar muchas veces cada dato, hasta que me lo sabía al derecho y al revés;
- revelar patrones, considerando la información desde perspectivas distintas;
- utilizar hojas grandes de papel y bolígrafos de colores para dibujar diagramas en red de los puntos que surgían de la información;
- revisar la información con una lista de ideas clave, una vez desarrollada una imagen inicial, anotando cualquier dato que apoyara (o contradijera) esa idea;
- buscar acontecimientos, usos particulares del lenguaje, historias, metáforas y sentimientos;
- considerar los procesos que llevaron a la producción de un dato (digamos, durante una entrevista o en una reunión);
- reflexionar sobre mi experiencia con la organización, sobre si había cambiado mi impresión de ella y, de ser así, por qué (Bewley, 1993: 56).

Si bien mi informe en este punto está enfocado en el *proceso* de investigación más que en el tema, es importante resumir la estructura y el resultado del análisis, para transmitir lo que puede surgir de la orientación feminista de esta investigación. Utilizando las características generales identificadas como cualidades centrales definitorias de las organizaciones (Schein, 1985, 1990), así como de relevancia para los grupos feministas, el análisis de Bewley se enfocó en las siguientes temáticas: estructura (cómo era esta percibida por las participantes y la investigadora –qué tipos de divisiones de rol se daban, en caso de que existieran; cuál era la estructura de la administración, los patrones y el flujo del día de trabajo); procesamiento de la comunicación e información (estructuras de toma de decisiones, regularidad de las reuniones y quién asiste a ellas, acceso a los registros, cómo se enteraba la gente de lo que está pasando y cuán democrático es esto); entorno (aparición, accesibilidad, cuán buena era su disponibili-

dad de recursos y cuánto era conducente a un funcionamiento exitoso organizativo y de la trabajadora, relaciones con organizaciones externas); efectividad (en el grado percibido por la organización, y por qué, ya fuera considerada en términos de desarrollo personal, de índices de éxito o de mera supervivencia); poder y política (formas de poder formales contra las informales, el poder utilizado positiva y negativamente, el valor asignado a la experiencia, confianza y tiempo invertido dentro de la organización).

Como resultado de la reconstrucción de este panorama de cada organización por separado, Bewley también pudo analizar las características comunes y divergentes de cada organización feminista. Dado el enfoque distinto de los servicios y diversos niveles de seguridad financiera, cada una mostraba un perfil diferente de fuerzas y debilidades, logros y problemas (Bewley, 1993: 85-7). Sin embargo, eran perceptibles algunas similitudes de estructura, con altos niveles de participación de sus miembros, pocas divisiones de rol, altos niveles de confianza y cooperación, y compromiso con formas colectivas de trabajo. Todas las estructuras en que estaban basadas las organizaciones se apoyaban considerablemente en redes personales que se utilizaban para organizar el trabajo, y eso también caracterizaba las relaciones de apoyo entre las organizaciones. Esto estaba relacionado en parte con el hecho de compartir una perspectiva feminista dentro de un contexto más amplio con frecuencia hostil o indiferente, y una claridad y comunidad de objetivos, perspectiva y compromiso. A pesar de una preocupación común por problemas de estructura, comunicación, recursos y desarrollo (en iniciar el cambio y responder a él), las organizaciones demostraron diferencias en la fluidez de sus límites organizativos, las exigencias diferenciales que se imponían a las trabajadoras y la capacidad correspondiente de manejar la tensión, diferencias en la capacidad de emprender una acción positiva que las mujeres utilizaran y con la que trabajaran dentro de la organización (particularmente en relación con la participación de mujeres negras y discapacitadas), y distintas versiones del papel del compromiso político dentro del trabajo. Cada organización estaba también ligada a otras organizaciones que cumplían con fines similares en otras ciudades, de las que obtenía una historia y una identidad organizativas particulares (Bewley, 1993: 87-9).

Dos conjuntos de conclusiones surgieron de un trabajo de investigación que exploraba el compromiso mutuo de preguntas feministas y psicológicas: un conjunto relativo a las características de las organizaciones feministas estudiadas, y otro a la suficiencia de las teorías psicológicas (Bewley, 1993: 125-7). En términos de las organizaciones, el claro compromiso feminista brindaba todos los propósitos y direcciones expresados

conscientemente por quienes formaban parte de ellas, y se reflejaba en lo que hacían. La forma de estructura colectiva subrayaba el incómodo equilibrio entre un compromiso feminista con la igualdad y una relación pragmática con exigencias y procesos externos. Por lo mismo, las tensiones o contradicciones de la práctica feminista eran interpretadas de manera crucial mediante estructuras y roles organizativos. En términos del papel de las redes personales, estas "son las arterias por las que corre la sangre de las organizaciones" (p. 126). Funcionaban mejor cuando estaban basadas en una amistad anterior o actual; pero, como señala Bewley, dada su informalidad, algunas miembros podían ser apoyadas de manera inadecuada, y estas eran precisamente las que era más probable que se marcharan. El poder residía en las habilidades, el control sobre el flujo de información (y la posición en las redes), la confianza y la capacidad para apoyar a otras, con un alto sentido de los logros obtenidos del compromiso feminista, el trabajo con mujeres y los cambios que fueron capaces de efectuar. Tomar estos puntos con seriedad transformaría nuestra apreciación y nuestra valoración de los modelos masculinos de trabajo.

En cuanto a la suficiencia, la teoría psicológica parece tener poco que decir respecto de estructuras organizativas como estas, cuya orientación gira alrededor de un compromiso feminista. Así, dichas teorías, además de reflejar un androcentrismo y hetero-realidad implícitos, no logran reconocer las políticas de género y sexuales de la cultura organizativa, y por tanto son cómplices de preservarlas (Bewley, 1993: 126). Además, la concepción del poder que se brinda dentro de tales organizaciones no es capaz de dirigirse de manera adecuada a sus fuentes y su naturaleza. En este sentido, si bien los análisis de poder resultan vitales para el estudio de las organizaciones feministas, también pueden alimentar los análisis de las relaciones de poder en las culturas organizacionales de manera general.

Por consiguiente, el estudio plantea nuevas preguntas tanto para la investigación feminista como para la psicológica, que incluyen: el papel de la amistad dentro de las estructuras organizativas; las estrategias implementadas y los análisis políticos en el proceso de control del compromiso con estructuras externas (no feministas o antifeministas, como autoridades locales, policía o servicios sociales) sin recuperación; la exploración de las definiciones de colectividad (ya que estas han sido poco estudiadas y varían enormemente); la percepción y el ejercicio de las relaciones de poder—cómo se las utiliza de manera positiva y destructiva, y cómo se relaciona esto con la postura externa de cada organización; y la variedad de opiniones que tienen sobre estos temas los miembros de cada organización, como parte de la construcción de una visión más completa de su funcionamiento.

Análisis reflexivo

Ahora que hemos delineado algunos de los temas clave del análisis, podemos retroceder a la parte central de la producción de este informe. Aquí he identificado nueve asuntos clave.

Impacto en la organización estudiada

Realizar un estudio como este destaca claramente cómo la investigación afecta lo que estudia. Esto quedó explícitamente puntualizado dentro del proceso de investigación de Bewley, a través de la consulta y retroalimentación en cada etapa del desarrollo del proyecto. Las organizaciones mismas sintieron reconocer las temáticas planteadas en el análisis, como en la respuesta de una de las participantes: "Se siente como si alguien hubiera levantado el techo de la habitación y nos estuviera mirando" (Bewley, 1993: 90). Por tanto, la investigación funcionó para validar las percepciones de las participantes de cómo funcionaba su organización. Sin embargo, este comentario también revela una sensación de vulnerabilidad que estaba bien fundada, dados los contextos hostiles más amplios dentro de los cuales existen tales organizaciones. Resulta claro que la sensación de amenaza, escrutinio y evaluación que aquí se insinúa debía manejarse cuidadosa y responsablemente. Este era particularmente el caso donde se identificaban aspectos críticos para una organización respecto de enfermedades y estrés del personal y estructuras de comunicación inadecuadas. Pero lejos de infligir la crítica sobre la organización desde lo alto, dejándola en la estacada, la organización utilizó un altercado provocado por la retroalimentación del estudio para hacer cambios, y como resultado del reporte que les entregó, Bewley promovió discusiones para apoyar a la organización en la asimilación de sus consecuencias y en la mejora del servicio. Si bien, por tanto, el estudio tuvo un impacto significativo en las organizaciones, esto se dio en parte porque la investigación funcionó para prestar claridad y credibilidad a problemáticas que ya habían reconocido algunas de las participantes. Esto destaca cómo las investigadoras en las organizaciones entran y participan en estructuras y programas preexistentes, en lugar de operar completamente fuera de estos: el problema del investigador o la investigadora es identificar los programas, y cómo se les está invitando a ubicarse en ellos. Negar esto también sería adoptar una postura, muy probablemente, el punto de vista de la dirección o la fachada pública de la organización (véase el capítulo 7 sobre la investigación-acción). Las investigadoras feministas, en su compromiso con enfoques

contrarios a la explotación, asumen una responsabilidad mayor de sus interpretaciones y análisis, en términos de volverlos accesibles y, cuando es posible, practicables.

Necesidad de la subjetividad en la investigadora

Esto reproduce algunas de las problemáticas planteadas por la discusión general de la investigación feminista. Tanto la investigadora como las participantes de la organización compartían una ontología, una teoría del ser y la experiencia. No habría sido posible realizar esta investigación sin ser feminista, no sólo en el sentido instrumental y explotador de “obtener acceso”, sino también en términos de comprender y analizar las reglas implícitas de las culturas de estas organizaciones. Además, Bewley no era una extraña. Como deja claro en su informe, ya había trabajado previamente en una de las organizaciones, y por tanto también tenía cierta relación, si bien limitada, con las otras (a través de las conexiones entre ellas). Así, como los miembros de las organizaciones, estaba involucrada en las redes y amistades que estructuraban en tan buena medida el funcionamiento de cada organización. Adoptar la postura del observador objetivo habría sido insincero en relación con la producción del material de análisis, así como una causa de distanciamiento para las participantes en la investigación. Además, en lugar de ser visto como una limitación, este grado de participación ilustra cómo y por qué existe tan poca investigación sobre este tema –puesto que se requieren algunas conexiones para garantizar que no se abusará de la exhibición y vulnerabilidad a que deja expuestas a las organizaciones el trabajo de este tipo. Pero una parte del tema (las redes de amistad) no era sólo una suposición en la realización de la investigación; era también un recurso fundamental para su análisis. Dejar claras estas posturas dentro del informe, como hace Bewley, es un ejemplo del valor de una sólida subjetividad en la investigación, y de la claridad reflexiva sobre las condiciones de producción del material, así como una reiteración de la relación entre la ontología (ser) y la epistemología (conocer) de la investigación feminista.

La importancia de la redacción

Este estudio hace una intervención feminista en términos tanto de su tema como de su forma. Bewley utiliza su experiencia personal para sustentar su análisis, y recurre al material de sus diarios para documentar asuntos y dificultades dentro del proceso de investigación. Analiza un dilema clave

al que se enfrentan las académicas feministas que buscan hacer visibles las experiencias y problemas de las mujeres: cómo comunicarse en términos que atraigan a los géneros académicos e intervengan en ellos sin fragmentar, cosificar o restarles fuerza a las experiencias de las mujeres. Esto incluye preguntas complejas sobre la naturaleza de públicos e intervenciones particulares y, especialmente, decisiones sobre las consecuencias de hacer una crítica pública a una organización vulnerable (véase también Poland, 1990). En este contexto, otra medida auxiliar en la evaluación de la investigación es no sólo dejar claros el proceso de investigación y la posición de la investigadora (en términos de historia y de postura), sino también atraer la atención hacia la labor de producir el reporte escrito, o lo que Stanley y Wise (1990: 23) describen como “la biografía intelectual del investigador o la investigadora”, lo que involucra necesariamente a “la compleja cuestión del poder en la investigación y la escritura”. Esto incluye trastocar la pretensión que sostienen la mayoría de los reportes de investigación de ser textos coherentes y sin costuras producidos en un momento por un autor abstracto y desinteresado. En el caso de Bewley, las distintas etapas de revisión del texto (que se discuten a continuación) se marcaron con tipografía distinta. Si bien, en parte, había una base práctica para esto (debido a los cambios de procesadores de palabras), el hecho indicaba en sí mismo un cambio de ubicación institucional a través del tiempo, y también le señala al lector cortes editoriales clave que fueron escenario de lucha y resistencia en la producción histórica del reporte.

La emoción como recurso de investigación

Involucrarse personalmente tiene sus dificultades, así como sus recompensas. Estudiar una organización y compartir sus valores puede implicar asumir algunas de las temáticas en que la organización trabaja o que expresa a un nivel emocional más profundo. Las organizaciones que formaban la base de este estudio tenían que tratar con situaciones de crisis y de severa angustia. Durante la realización del estudio, el funcionamiento de una de las organizaciones cayó en un caos mayúsculo tras el asesinato de una mujer que buscaba amparo en la casa refugio. Bewley habla sobre cómo el proceso de análisis estuvo puntuado por sus propias reacciones, como reporta en la siguiente entrada de su diario:

Una y otra vez me siento en mi escritorio viendo la grabadora y sin tener el valor de poner la cinta, encajarme los audífonos, encenderla... Mis sueños son visiones fugaces de lo que está pasando, pequeñas bocanadas de vaho que se elevan y, como vapor,

escapan del ojo de la mente... Todo esto, ¿soy solamente yo? ¿Estoy seleccionando y cristalizando el dolor de las organizaciones? ¿Cuáles son las lecciones de hacer este tipo de investigación?

(Bewley, 1993: 95)

Una implicación clara de esto es que, al comprometerse con un trabajo que ofrece la participación personal o se deriva de ella, las investigadoras deben reflexionar sobre la estructura de apoyo a que pueden apelar y sobre el impacto personal que tienen para ellas las problemáticas con que están tratando. En particular, aquí hay un claro fundamento para la necesidad de supervisión, así como de apoyo personal, ya que una investigadora no debe trabajar aislada. Pero lo que esto acentúa también es otra gama de problemas de interpretación. Pues, si invertimos la forma convencional en que surge este aspecto, donde la participación es menos intensa, ¿qué significado tiene para el proceso y para el producto si una investigadora se siente *desligada* de la temática o proceso de estudio? Si bien este es el estado afectivo que se asume usualmente en los procesos de investigación, habla en sí mismo del poder del investigador o la investigadora, y de las formas en que el proyecto de generar conocimiento y verdad suprime la labor y las posturas de las personas que lo generan.

El desafío a la frontera público-privado

Este se dio de cuatro formas: primero, en lo que respecta al tema, desafió culturalmente los modelos masculinos de trabajo, en el sentido de que una característica común de las organizaciones estudiadas era que la pauta de trabajo no se ajustaba a la estructura supuesta convencionalmente de las divisiones entre trabajo y descanso; en segundo lugar, en lo que respecta al método, a través de la relación reivindicada entre la postura política personal y la investigación académica, para dotar de compromiso político al proyecto y el proceso de investigación; en tercer lugar, con el compromiso de respetar a las mujeres y de no alienarlas mediante la experiencia de la investigadora, expresado en la realización de las entrevistas o en la representación de las experiencias de las mujeres en los reportes escritos; en cuarto lugar, como una feminista haciendo investigación con otras feministas, estudiando a amigas o aliadas políticas, vuelve manifiestas las responsabilidades en que incurre un trabajo semejante, a la vez que genera lo que podrían ser temores muy bien fundados de decepcionarlas (y temores sobre las consecuencias personales de esto).

En relación con mi elección de este estudio para presentarlo aquí surgen los aspectos correspondientes de la actitud reflexiva y la participación de la investigadora. Existe una historia no escrita de este estudio, que es un reflejo de la lucha feminista dentro de las instituciones académicas. Como ya se ha argumentado, la investigación es una intervención al nivel del tema y, en relación con los géneros de la investigación psicológica ocupacional, al nivel del método. El estudio encontraba eco en mi experiencia de trabajar con organizaciones colectivas y voluntarias (feministas y mixtas), lo que le dio un interés inmediato para mí, y planteaba de manera muy clara los problemas que enfrentan las mujeres que intentan trabajar juntas atajando las instituciones y dentro de ellas, como es también el caso de los estudios de mujeres en el mundo académico (Coulson y Bhavnani, 1990). Además, los aspectos del funcionamiento organizativo y la responsabilidad de la investigadora que formaban el tema del estudio volvían a presentarse centralmente también en su trayectoria académica.

La historia particular del estudio demuestra cómo la psicología pone en el camino de la investigación feminista obstáculos que pueden borrar las contribuciones que hacen a la disciplina las investigadoras feministas. En particular, ilustra la regulación normativa que yace tras el imperativo manifiesto de que la investigación constituya una contribución original al conocimiento, pues, como en el caso de Bewley, al trabajo que no tiene precedentes académicos se lo considera una investigación inadecuada: a lo que es verdaderamente nuevo y constituye un reto en términos teóricos, literalmente no se lo reconoce. No ha habido una investigación publicada anteriormente que aplique la teoría organizacional a organizaciones feministas, por lo que no existía un linaje o contexto inmediatos en los que esta tesis pudiera encontrar refugio. Para crear un espacio para un nuevo análisis organizacional de las organizaciones feministas, el estudio tenía que delimitar un territorio que no existía, siendo crítico de la teoría existente, pero, dada la ausencia de investigación psicológica alternativa publicada, siendo incapaz de sustentar esta crítica con una teoría organizacional específica (aunque el sustento teórico de la investigación se encontraba en la teoría feminista de otras disciplinas). A la tesis sólo se le permitió pasar después de tres presentaciones formales, con correcciones sustanciales entre ellas. Se la retó específicamente por su utilización de la teoría organizacional vigente, lo que refleja las tensiones que experimentan muchas feministas entre la necesidad de hacer investigación dentro un marco teórico existente, aún si es restrictivo e inapropiado, para que su trabajo sea

reconocido, y la necesidad de encontrar nuevos marcos (feministas) para la teoría, el proceso y los reportes de investigación, que podrían no existir en la psicología actual –precisamente porque no son aceptables y son, por tanto, silenciados.

Esta tensión –entre el reconocimiento y el fracaso, la perseverancia y la transigencia–, que queda ilustrada con la experiencia de este estudio en particular, demuestra cómo la custodia disciplinaria conserva las estructuras académicas de tal manera que se reproducen a sí mismas continuamente como las mismas, y marginan o rechazan cualquier desafío (Spender, 1981), por lo que las investigadoras feministas dejan la psicología en pos de territorios disciplinarios más amables para hacer su trabajo (Sharpe y Jefferson, 1990). También suscita un cuestionamiento sobre los criterios de valoración para la investigación que no puede salir a la luz a través de las metodologías dominantes. La resistencia institucional ante el trabajo que perturba los marcos psicológicos dominantes, así como su supresión, impiden, como en una especie de círculo vicioso, el desarrollo del cuerpo mismo de investigación publicada que proporcionaría las bases metodológicas y teóricas de ese tipo de trabajo (véase también Kitzinger, 1990).

En términos de mi inversión en el análisis de este estudio, la lucha por que fuera reconocido como una obra legítima de investigación refleja mi frustración respecto de la teoría y la investigación psicológicas, y refleja también las luchas generales de las feministas dentro del mundo académico, particularmente en relación con las formas en que las feministas dan prioridad a las estructuras de responsabilidad que quedan fuera de la academia. Irónicamente, a las investigadoras feministas se las censura por hacer una investigación inapropiada precisamente a causa de su compromiso con la realización de la investigación “relevante” que, por otra parte, se les exige a los psicólogos constantemente. Esto también subraya otra característica de la investigación feminista: que yo, como investigadora, como autora, no soy imparcial; que comparto una ontología, una postura política, con aquellas del estudio que he descrito, y que al escribir sobre él, estoy intentando no solamente describirlo, sino también intervenir. Esto se refleja en la forma en que este capítulo ocupa una posición un tanto incómoda en este libro, sin ser del todo un método de investigación o una crítica de la investigación, sino quizá ambos.

¿Cuál es el beneficio de que yo documente esto? En términos inmediatos, la investigación tiene ahora cierto reconocimiento público, incluyendo el reconocimiento de la lucha y la resistencia que estructuraron su producción. En términos más generales, esta historia amplía el análisis del poder de la academia, y desafía su práctica. Además, esta lucha ha tenido

su propia productividad: a medida que Bewley tenía que responder y oponer resistencia a la posibilidad de la exclusión de su investigación, ya fuera porque fracasara o porque se la transformara hasta volverla irreconocible para poder ser aprobada, ahora ha obtenido probablemente mayor atención e impacto que si se hubiera aprobado y se la hubiera dejado hundirse en la oscuridad. Con una resonancia particular entre el tema de Bewley y el proceso en que se encontró involucrada, esta lucha demuestra el valor de las redes feministas según son utilizadas por las mujeres en psicología para contrarrestar su aislamiento y su ser silenciadas (pues Bewley primero se puso en contacto conmigo a través de las redes de psicología feminista).

Relaciones de poder en la investigación

Así como el poder era un tema de la investigación, fue también una característica del proceso. Como investigadora, Bewley intentó establecer el estudio de la forma más consultiva y participativa posible, pero su preocupación respecto del impacto del trabajo en las organizaciones y sus relaciones dentro de sus redes reflejan el poder que tanto ella como estas ejercieron hacia el interior del estudio. No sólo estaban las responsabilidades de atender y reparar las desigualdades dentro de las relaciones tradicionales investigador-investigado de las entrevistas; también existía el problema de no querer exponer a las mujeres y a las organizaciones a las críticas de públicos externos adversos. Por tanto, el suministro de reportes confidenciales a cada organización quizá haya hecho mucho por garantizar que todas las partes salieran ganando con la investigación, así como volver a plantear los cuestionamientos políticos del público y la responsabilidad. El uso que yo he hecho de esta investigación para ejemplificar características clave de la investigación feminista suscita problemas paralelos. Como en la misma investigación de Bewley, el reporte de su trabajo que presentamos aquí es un resultado de discusiones conjuntas. Existe un problema equivalente en relación con los dilemas de la exposición a públicos adversos que surgen en su investigación. No he sacado a la luz algunas de los aspectos críticos que Bewley plantea sobre las limitaciones y carencias de su estudio. Si bien la evaluación crítica es necesaria, el tema del público de este capítulo en particular ha sido preponderante en mi reporte.

¿Riesgo o compromiso?

En cada punto del proceso de revisión y subsiguiente presentación, Bewley estuvo luchando con decisiones respecto de si debía "escribirla para pa-

sar", como la animaban a hacer algunos de sus amigos, o si hacer esto sería transigir de tal manera con la investigación que esta perdería su valor o significado –tanto personalmente como en términos de su coherencia teórica. Al sortear un camino entre la lucha, la estrategia, la transigencia y la desradicalización, las opciones estaban entre la integridad personal y el (riesgo del) fracaso. Esto refleja tres preocupaciones de las investigadoras feministas: primero, tomar una postura con principios sobre el papel de la política en la investigación; en segundo lugar, cómo la redacción es parte de la investigación tanto como el estudio mismo, desafiando así la división cientificista en la psicología entre la investigación y el reporte; en tercer lugar, el papel de la inversión de otras personas en la investigación. Además de las inversiones generales académicas, personales y profesionales que rigurosamente se hicieron en esta, Bewley sentía cierta presión por parte de otras investigadoras (feministas) que querían ver pasar su tesis para prestarle credibilidad a este estilo de trabajo, pero si los cambios hubieran sido muy grandes, esto habría sido contraproducente. El hecho de que el término "compromiso" tenga la entrada más larga en el índice de *Feminist and Psychological Practice* (Práctica feminista y psicológica, Burman, 1990) sugiere que en psicología estas son preguntas generales para las feministas⁶.

Responsabilidad

Las investigadoras feministas afirman hacer una distinta y mejor investigación porque es responsable, y la responsabilidad ha sido un tema primordial a lo largo de este capítulo. Sin embargo, no se ha explicado en detalle lo que el término responsabilidad significa, y esto es en parte porque lo que significa la responsabilidad varía según el tema y el enfoque en cuestión. Sin embargo, pueden hacerse algunas observaciones generales. Típicamente, la estructura de responsabilidad a que responde la investigación es el organismo de financiamiento –puede ser directa o mediatizada a través de estructuras departamentales y disciplinarias (con efectos más indirectos en la formación de la censura y la autocensura involucradas al determinar qué investigación es financiada). Aunque sería poco realista sugerir que las investigadoras feministas no están tan sujetas a esto como cualquier otra investigadora, como otros investigadores politizados, existen otras estructuras a las que recurren en busca de reconocimiento. En el estudio de

6. El término '*Compromise*', en inglés, significa tanto «compromiso» como «acuerdo» o incluso «transigir». (N. de la T.)

Bewley, ella se hizo responsable frente a las participantes desde el punto de vista de la realización y el resultado de la investigación. A esto condujo su compromiso feminista común al de estas, lo que puso en juego la responsabilidad no sólo hacia organizaciones específicas, sino también hacia un marco más amplio de campañas y redes feministas. Como se advirtió anteriormente, estas redes feministas, dentro y fuera de las estructuras académicas, fueron una fuente de apoyo y contrajeron sus propias expectativas y responsabilidades. En otros casos, especialmente donde hay poca o ninguna resonancia política entre las participantes, las organizaciones y la investigadora, las investigadoras feministas se sitúan ellas mismas como responsables ante otras feministas dentro de su disciplina, o dentro de los estudios de la mujer. Pero para evitar la dinámica de desradicalización a que están sujetas todas las feministas en puestos institucionales convencionales, estas estructuras tienen que estar conectadas con campañas y movimientos feministas fuera de la academia. En algunos casos, esto se estableció en formas muy directas, mediante consultas con campañas para la mujer y servicios sobre preguntas, procesos y productos de investigación.

Evaluación

Este capítulo ha ilustrado aspectos generales sobre la realización, interpretación y recepción de la investigación feminista mediante el informe de un estudio específico. El estudio se dirige a un tema poco investigado, que es relevante tanto para la psicología como para el feminismo. Por tanto, va más allá de la teoría organizacional dominante (dominada por hombres), para dirigirse a estructuras no jerárquicas fuera de los modelos tradicionales de administración, y desafía los conceptos tradicionales de las relaciones y reportes de investigación. El estudio también plantea preguntas para la política feminista; en particular, sobre los dilemas de mantener una cultura o práctica feminista mientras que se opera en un contexto que con frecuencia es hostil a sus metas y procesos, y las consecuencias de las estructuras de poder implícitas. El estudio promovía el cambio dentro de las organizaciones estudiadas a través de la validación de la experiencia de las mujeres miembros, y mediante la contextualización de su trabajo dentro del marco de otras organizaciones feministas (es decir, aquellas que comparten algunas perspectivas similares). Las consecuencias directas de la investigación comprendieron la revisión y las mejoras del apoyo y entrenamiento para las trabajadoras, así como la promoción de la discusión sobre las estructuras comunicativas.

En su forma y funcionamiento, el estudio muestra las características de una postura feminista empírica, al ampliar la teoría psicológica, y una postura con un punto de vista feminista, al desafiar a la psicología para que se comprometa con formas nuevas de estructuras, incluyendo formas y métodos para tesis. Ambas características pueden considerarse intervenciones estratégicas. Las estrategias, como señala Elizabeth Gross, no son fines en sí mismas, y si bien son transformadoras, están en colusión con las estructuras que buscan cambiar, en virtud de su capacidad para comprometerse con ellas. Como enfatiza la discusión sobre estrategia y compromiso, la teoría y la investigación feministas no son una práctica purista o separatista, sino una forma de "guerra de guerrillas intelectual" que "necesita utilizar cuantos medios estén disponibles, ya sean "patriarcales" o no" (Gross, 1992: 64).

Este estatus de la investigación feminista como relacional, como intervención estratégica más que como un modelo aparte, desarma algunos de los posibles límites de este enfoque. El primero de estos es su especificidad. Podría alegarse que el trabajo de que tratamos aquí se relacionaba sólo con las organizaciones particulares estudiadas, y con un tiempo y un lugar particulares. Sin embargo, esta crítica replantea lo que es un problema general respecto de la enunciación que hacen las investigadoras feministas del conocimiento como reflexiones locales relevantes en momentos particulares, como crítica de un modelo de conocimiento como verdad objetiva, desinteresada y eterna. El hecho de que no exista una metodología intrínsecamente feminista, y de que la investigación feminista dependa y surja de una ontología feminista, significa que lo que constituye una intervención feminista variará necesariamente y cambiará según el tiempo y el lugar. Así, por ejemplo, además de la reevaluación del valor de los métodos cuantitativos (discutida anteriormente), existe un viraje actual en la investigación de la experiencia de las mujeres, con el fin de evitar centrarse en las mujeres confirmando su estatus de víctima, dando en su lugar un giro encaminado a la investigación de los hombres y la masculinidad (Scott, 1985). De esta forma, la investigación feminista no es meramente investigación hecha por mujeres, con mujeres y sobre mujeres. De hecho, este viraje también refleja un movimiento generalizado de distanciamiento de la aseveración del carácter compartido de la experiencia de las mujeres, para teorizar sobre las diferencias entre las mujeres y las relaciones de poder, con repercusiones en cuanto a si, y cómo, se identifican las mujeres y construyen alianzas una con otra, y con los hombres (e.g. Yuval-Davis, 1993; Burman, 1994).

El problema de la especificidad se aplica al estatus de la investigación feminista de otra forma. El enfoque puede parecer, y de muchas maneras

lo es, derivado de otros modelos —de hecho, Bewley (1993) justificó su estudio en términos de metodologías del nuevo paradigma y la cultura organizacional, así como de investigación feminista. Pero, para poder concebir el cambio, la investigación feminista tiene que comprometerse con las estructuras existentes para transformarlas: lo que distingue a los enfoques feministas y los une es un compromiso político explícito. Esto plantea un dilema para las investigadoras feministas: aunque la referencia o recurrencia a otros modelos puede ser exacta, y puede muy bien ser más segura (en función de obtener acceso a una recepción favorable por parte de las estructuras académicas), existe el peligro de actuar en connivencia con las estructuras tradicionales de investigación, si no logran documentar los recursos políticos personales que sustentan la investigación.

Dado su estatus estratégico, la investigación feminista es vulnerable a la apropiación de enfoques de investigación convencionales. Los ejemplos anteriores subrayan la facilidad con que una retórica naturalista puede entrar subrepticamente en los reportes de investigación (como reunir datos como maíz maduro, o descubrir fenómenos preexistentes), la cual ignora el papel del investigador o la investigadora en la producción de material. En particular, la práctica generalizada de emplear mujeres para realizar entrevistas refleja cómo el grado mayor de confianza que es frecuente en las mujeres frente a mujeres puede ampliar el alcance de la explotación de las mujeres (Finch, 1984). Jane Ribbens (1989) ha criticado la idealización de Oakley (1981) de la investigación de mujer a mujer, y en general es necesario ocuparse de las múltiples formas en que entran en la investigación las relaciones de poder entre las mujeres (Edwards, 1990; Phoenix, 1990).

Los problemas de continuidad también pueden contrarrestarse recordando que, puesto que la investigación feminista es más una arena de debate que una metodología específica, la crítica es fundamental para este enfoque. No obstante las similitudes con el enfoque etnográfico y el del nuevo paradigma, sus características específicas incluyen una concentración continua en el poder, en la producción y utilización del conocimiento, y en la problematización respecto de quién sustenta el poder para definir la interpretación (¿la investigadora o investigador?, ¿la universidad?, ¿el organismo de financiamiento?, ¿el investigado o la investigada?, ¿la comunidad académica de investigadoras feministas?, ¿los grupos y campañas para la mujer?). Por ejemplo, el modelo anterior de la investigación como concesión de poder a través de la documentación de perspectivas devaluadas se considera ahora teóricamente ingenuo e inadecuado por su supuesto de que la investigación (feminista o de otro tipo) puede descubrir alguna experiencia (femenina) auténtica ya formada. Esto no sólo ignora cómo el

material que forma la base del análisis es siempre un informe construido para el consumo público (Ribbens, 1989); también es condescendiente al suponer que el investigador o la investigadora cuentan con los medios, o que el investigado o la investigada necesariamente le confieren al investigador o investigadora el poder para definir cómo habrán de beneficiarse con la investigación. Además, como advierte Kum-Kum Bhavnani (1990), en las entrevistas los silencios pueden conferir al menos tanto poder (y ser tan elocuentes) como el habla.

Estos debates llaman la atención sobre las formas en que se produce la experiencia a través de las prácticas de investigación, en lugar de ser descubierta por ellas. Esto refleja el centro de las discusiones feministas que se han alejado de una noción de la identidad como fija, estable y unitaria, a favor de una que la entiende “como proceso, como representación y como provisional” (Bondi, 1993: 95); como una posición retórica de identificaciones que guían las acciones, más que como una declaración sobre las esencias personales (Yuval-Davis, 1993). El proceso de interpretación no debería generarse desde lo alto, sino más bien debería ser la producción conjunta de los co-investigadores o las co-investigadoras. Sin embargo, pueden ofrecerse interpretaciones, pero en el entendido de que son provisionales y específicamente dirigidas: por tanto, la multiplicidad de interpretaciones disponibles puede fijarse para contextos y fines particulares de la investigación feminista (incluyendo el poder del investigador o la investigadora de definir los “resultados” de la investigación). Por tanto, el debate sobre si puede existir una ciencia feminista (Harding, 1986; Haraway, 1991), o lo que constituye la metodología feminista, no sólo toca el problema de cómo se relacionan las intervenciones feministas con los organismos existentes de conocimiento, sino también recapitula esencialmente las discusiones sobre cómo pueden las mujeres crear formas de organizarse juntas para desafiar y transformar relaciones de opresión.

Lecturas útiles

- Finch, J. (1984). ‘“It’s great to have someone to talk to”: the ethics and politics of interviewing women’, in C. Bell and H. Roberts (eds) *Social Researching, Politics, Problems, Practice*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Hollway, W. (1989). *Subjectivity and Method in Psychology: Gender, Meaning and Science*. London: Sage.
- Kitzinger, C. (1990). ‘Resisting the discipline’, in E. Burman (ed.) *Feminists and Psychological Practice*. London: Sage.

- Oakley, A. (1981). 'Interviewing women: a contradiction in terms?', in H. Roberts (ed.) *Doing Feminist Research*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Phoenix, A. (1990). 'Social research in the context of feminist psychology', in E. Burman (ed.) *Feminists and Psychological Practice*. London: Sage.
- Ribbens, J. (1989). 'Interviewing: an unnatural situation?', *Women's Studies International Forum*, 12(6), 579-92.
- Scott, S. (1985). 'Feminist research and qualitative research: a discussion of some of the issues', in B. Burgess (ed.) *Issues in Educational Research*. Lewes: Falmer Press.
- Stanley, L. (ed.). (1990). *Feminist Praxis*. London: Routledge.

Referencias

- Abbott, P. and Wallace, C. (1990). 'The production of feminist knowledge'. *An Introduction to Sociology: Feminist Perspectives*. London: Routledge.
- Amos, V. and Parmar, P. (1984). 'Challenging imperial feminism'. *Feminist Review*, 17(3), 3-19.
- Bewley, C. (1993). 'Creating a space: for a feminist discussion of psychological theory and research into women's organisations in the voluntary sector and a case study of three such organisations'. Unpublished thesis, University of Sheffield.
- Bhavnani, K.K. (1990). 'What's power got to do with it? Empowerment and social research', in I. Parker and J. Shotter (eds) *Deconstructing Social Psychology*. London: Routledge.
- Bondi, L. (1993). 'Locating identity politics', in M. Keith and S. Pole (eds) *Place and the Politics of Identity*. London: Routledge.
- Burman, E. (ed.) (1990). *Feminists and Psychological Practice*. London: Sage.
- Burman, E., (1994). 'Identities, experience and alliances: Jewish feminism and feminist psychology'. *Feminism and Psychology*, 4(1), 155-78.
- Burgess, B. (ed.) (1985). *Issues in Educational Research*. Lewes: Falmer Press.
- Coulson, M., and Bhavnani, K. (1990). 'Making a difference: questioning women's studies', in E. Burman (ed.) *Feminists and Psychological Practice*. London: Sage.
- Edwards, R. (1990). 'Connecting method and epistemology: a white woman interviewing black women'. *Women's Studies International Forum*, 13(5), 477-90.
- Eichler, M. (1988). *Non-sexist Research Methods: a Practical Guide*. London: Allen and Unwin.
- Epstein Jaratne, T., and Stewart, A. (1991). 'Quantitative and qualitative methods in the social sciences: current feminist issues and practical strategies', in M. Fonow and J. Cook (eds) *Beyond Methodology: Feminist Scholarship as Lived Research*. Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press.

- Evans, M. (1990). 'The problem of gender for women's studies'. *Women's Studies International Forum*, 13(5), 457-62.
- Finch, J. (1984). ' "It's great to have someone to talk to": the ethics and politics of interviewing women', in C. Bell and H. Roberts (eds) *Social Researching: Politics, Problems, Practice*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Graham, H. (1983). 'Do her answers fit his questions: women and the survey method', in E. Garmarnikow, D. Morgan, J. Purvis and D. Taylorson (eds) *The Public and The Private*. London: Heinemann.
- Gross, E. (1992). 'What is feminist theory?', in H. Crowley and S. Himmelweit (eds) *Knowing Women: Feminism and Knowledge*, Cambridge: Polity Press.
- Hammersley, M. (1992). 'On feminist methodology'. *Sociology*, 26, 187-206.
- Hammersley, M. (ed.). (1993). *Social Research: Philosophy, Politics and Practice*. London: Sage.
- Haraway, D. (1991). 'The science question in feminism and the privilege of partial perspective', in *Simians, Cyborgs and Women*. London: Verso.
- Harding, S. (1986). *The Science Question in Feminism*. Milton Keynes: Open University Press.
- Harding, S. (ed.) (1987). *Feminism and Methodology*. Milton Keynes: Open University Press.
- Henwood, K. (1994). 'Seeing through women's eyes: qualitative methods and feminist research?' *Feminism and Psychology*, in press.
- Hollway, W. (1989). *Subjectivity and Method in Psychology: Gender, Meaning and Science*. London: Sage.
- Kelly, L., Regan, L., and Burton, S. (1992). 'Defending the indefensible? Quantitative methods and feminist research', in H. Hinds, A. Phoenix and J. Stacey (eds) *Working Out: New Directions for Women's Studies*. Basingstoke: Falmer Press.
- Kitzinger, C. (1990). 'Resisting the discipline', in E. Burman (ed.) *Feminists and Psychological Practice*. London: Sage.
- Kremer, B. (1990). 'Learning to say no: keeping feminist research for ourselves'. *Women's Studies International Forum*, 13(5), 463-7.
- Mies, M. (1993). 'Towards a methodology for feminist research', in M. Hammersley (ed.) *Social Research*. London: Sage.
- Morgan, D. (1981). 'Men, masculinity and the process of sociological enquiry', in H. Roberts (ed.) *Doing Feminist Research*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Oakley, A. (1981). 'Interviewing women: a contradiction in terms?', in H. Roberts (ed.) *Doing Feminist Research*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Opie, A. (1992). 'Qualitative research, appropriation of the "other" and empowerment'. *Feminist Review*, 40, 52-69.
- Phoenix, A. (1990). 'Social research in the context of feminist psychology', in E. Burman (ed.) *Feminists and Psychological Practice*. London: Sage.